

WAGNERIANA CASTELLANA Nº 61 AÑO 2007

TEMA 3: OBRAS. 3.9: PARSIFAL

TÍTULO: **GRIAL Y CONTRAGRIAL – PARSIFAL**

AUTOR: *Otto Julius Hartmann (*)*

La compasión y el amor activo frente a todo aquello que vive, son dos de nuestras propiedades características más elevadas como seres humanos. Parece por ello más que evidente que una personalidad de la talla de Richard Wagner tuviera que poseerlas en un grado extremo. Y así es, tal como se demuestra, por ejemplo, en su relación con sus perros, así como en su apasionado rechazo de la experimentación con animales vivos con fines de investigación biológica y médica, o sea, la llamada vivisección. Hoy día la vivisección ya no es un tema de moda. Nuestra "pragmática" sociedad actual parece haber aceptado la "necesidad" de sacrificar miles de animales, con mayores o menores torturas, en pro del progreso científico. Pero en tiempos de Richard Wagner, la discusión sobre los pros y los contras de la vivisección ocupaban apasionadamente la opinión pública.

En los últimos años de su vida, Richard Wagner se sintió animado a participar en la discusión con su "Escrito abierto al señor Ernst von Weber autor de la obra: La cámara de las torturas de la ciencia" (1). Este escrito nos permite una profunda visión del carácter de Wagner, así como del abismo que separa su misericordiosa humanidad de nuestra materialista, fría y cruel época actual. Ya en sus años jóvenes, el matadero de París había dejado en él un recuerdo imborrable. A partir de ahí, había dirigido su mirada a los innumerables campos de batalla de la historia universal y acusaba a los historiadores universalistas de falseamiento de la historia por hablar de victorias y conquistas pero "no querer saber nada del sufrimiento de los seres humanos". Y, en vista de esta "terrible tragedia de la existencia", estaba convencido de que sólo podría soportar su vida gracias al "recuerdo diario del redentor en la cruz, como último y sublime refugio". Y, "con el redentor en el corazón", reconocía que "no son sus *acciones* sino sus *sufrimientos* lo que nos une con los hombres del pasado y da dignidad a nuestra memoria" ("Religión y Arte", 1880) (2).

Siguiendo a Richard Wagner, deberíamos tomar, como medida del grado de evolución alcanzado por la humanidad, nuestra relación con los animales, pues "la dignidad humana se documenta precisamente en el momento en que el hombre se diferencia del animal por ser capaz de sentir la compasión, también frente a los animales". En cuanto a la vivisección, Richard Wagner no admite compromisos: no hay logro científico, por interesante que sea, ni descubrimiento médico, por útil que sea, que disculpe o justifique un proceder tan inhumano e inmoral. La maldad será siempre maldad. Los principios morales son absolutos, no relativos. Una ciencia conseguida por medios inmorales e inhumanos es para Wagner cuestionable incluso en sus resultados prácticos. Pues, a través del estudio de vidas terrestres anteriores, en el fondo del alma sabía que el conocimiento del trasfondo de la vida orgánica sólo puede ganarse por caminos espirituales y ocultos, y no a través de la experimentación externa con los cuerpos materiales. Y tal afirmación sigue siendo hoy igualmente válida: pues nuestros conocimientos biológicos y médicos, tan enormemente acrecentados desde la muerte de Wagner, nos han permitido conocer los medios materiales, aparatos e instrumentos de los que la vida se sirve, pero no en cambio la vida misma. Pues la vida pertenece a un campo espiritual metafísico que solamente puede investigarse con una mirada metafísica.

Sin embargo, nuestra ciencia universitaria se niega a andar por el camino de la investigación oculta. Ni siquiera las evidentes pruebas de la efectividad de las fuerzas sobre-materiales ocultas en el campo de la vida orgánica conseguidas en torno al cambio de siglo por el biólogo experimental Hans Driesch, el cual ha hablado de "entelequia", han conseguido imponerse en el grueso de nuestros biólogos y médicos. El miedo a lo oculto lleva aquí a la eliminación y la eliminación al engaño, que desemboca, al estudiar sólo la materia, en la creencia de que la "vida", el "alma", el "espíritu" pueden reducirse a la materia. Escuchemos la opinión de Richard Wagner al respecto: "A este mono que trepa por los árboles del conocimiento cargado con el miedo de su propio engaño, le recomendaría que no mirara tanto en el interior rajado de un animal vivo y, en cambio, se detuviera un poco, con calma y serenidad, a mirar directamente a *los ojos* del animal; quizás así encontraría el investigador científico, por primera

vez, la expresión de los rasgos más humanos, o sea, veracidad, la imposibilidad de mentir, a través de los cuales, si mirara más profundamente, la melancolía de la naturaleza le hablaría sobre su propia y pecaminosa arrogancia existencial; pues el animal que matamos en broma, muere en serio". La mirada a los *ojos*, la mirada de otros *ojos*. Una y otra vez encontramos en los momentos decisivos de los dramas-misterio esa *mirada de ojos*: la mirada de la muerte que le dirige a Siegmund la walkiria (versos 1303 y ss.); la mirada del adiós de Wotan hacia Brunilda (versos 2254 y ss.); la mirada de sufrimiento que el Tristan ("Tantris") herido de muerte dirige a Isolda (versos 232 y ss.); la mirada quebrantada del cisne blanco abatido por Parsifal (versos 251 y ss). Y, finalmente, una mirada muy especial, la que *los ojos* de Jesucristo dirigen, en el camino hacia la cruz, a Kundry. Y todo esto no es ni casual ni un capricho del poeta. La mirada de *ojos* es mucho más que eso, es el único hecho inmediatamente oculto dentro del habitual mundo material de los sentidos. En verdad puede entenderse un *ojo* desde un punto de vista meramente físico (como una complicada "cámara oscura"), pero no así una "mirada". En el mismo instante en que la luz exterior penetra en el interior del ojo, proceso que puede entenderse perfectamente desde un punto de vista meramente físico-químico, en ese mismo instante se produce un "rayo visual" en la dirección opuesta, es decir, de dentro hacia afuera. Si bien es cierto que, como realidad oculta, ese "rayo visual" sólo puede ser *visto* por un iluminado, sin embargo sí puede ser *sentido* por cualquier persona sin prejuicios, y eso puede suceder siempre en el momento en que ambos ojos se miran recíprocamente y, a través de los "rayos visuales", las almas se comunican directamente y sin intermediarios. El *no* sentir eso en el trato con los animales (y con los demás seres humanos), y la consecuente falta de compasión, era considerado por Richard Wagner como síntoma de la desalmada inhumanidad propia de nuestra entera época histórica.

El sufrimiento animal (tal como, con razón, sostenía Richard Wagner) es más duro que el humano, pues los animales carecen de la posibilidad de madurar interiormente a través del dolor. El sufrimiento humano, en cambio, nunca carece de sentido. O bien es la consecuencia (la penitencia) de nuestros fallos y debilidades, o bien sirve para crear una resistencia que debemos vencer. En

cualquier caso, contribuye al despertar, la transformación y el perfeccionamiento de nuestra alma.

La historia del desarrollo de la *compasión* y del *amor* es propiamente la historia del desarrollo del ser humano. Aquí, al igual que en otros campos, encontramos una serie de seres sobrehumanos, incluso divinos, que van por delante dando ejemplo a la humanidad (Buda, Jesucristo). Dichos personajes viven en plenitud lo que los seres humanos han ido conquistando a lo largo de milenios. Los seres naturales son en principio ajenos al amor y la compasión. Lo que en este aspecto podemos observar en algunos animales (como por ejemplo pájaros o abejas) es un simple instinto de especie, no una acción personal y elegida con conocimientos de causa. E incluso el instinto social se dirige sólo y exclusivamente a los miembros de la propia especie, más aún, del propio nido o de la propia colmena. Incluso los propios hijos son reconocidos, alimentados y cuidados por sus padres a través de unas condiciones instintivas, faltando las cuales quedan totalmente abandonados. Así, al faltarles a los animales el conocimiento compasivo del "tu", quedan presos dentro del egocentrismo (ciego al mundo y al tu) de su propia especie.

También si estudiamos la historia de la humanidad, veremos que el comportamiento social y cooperativo aparece en un primer momento en el círculo de la familia, de la estirpe, del pueblo, es decir, como una forma de lo que podríamos denominar egoísmo ampliado. Todos aquellos que no pertenecen al pueblo, la estirpe o la familia, son enemigos, frente a los cuales no existe ninguna obligación. En un principio, también la pertenencia a una determinada familia o estirpe protectora estaba condicionada al cumplimiento de determinados requisitos (por ejemplo, salud, fortaleza, juventud). Ancianos e incapaces quedaban excluidos de la protección social.

No es hasta más tarde que el ser humano supera este orden natural basado en el pueblo y la estirpe y amplía la comprensión y ayuda comprensiva a todos los demás seres humanos, e incluso a todos los seres vivos, aunque el sentimiento hacia los miembros de la familia, estirpe, pueblo, sigue hoy en día siendo más fuerte que hacia otros. Sin embargo, ese sentimiento de deber compasivo apenas si se ha extendido al reino animal. Y en este aspecto, los pueblos latinos en concreto dejan mucho que desear. Pues incluso el matar animales

con fines alimenticios es ya una culpa metafísica frente al genio de la especie animal afectada. Con razón apunta Richard Wagner que los pueblos primitivos "eran conscientes de que matar a un animal es una acción sacrílega, por lo que debían hacer una penitencia ante el dios, y así le ofrecían el animal y le daban las gracias entregándole la mejor parte de la presa".

En el momento en que el hombre es capaz de comprender la vida en sentido amplio y ha salido del estrecho círculo del egocentrismo' biológico, se le plantea por primera vez la decisión entre el "blanco" y el "negro", entre la magia blanca y la magia negra. A diferencia de los animales y los seres primitivos, el mago negro ya no está "ciego" ante el dolor de los demás seres vivos sino que, al contrario, conoce, siente y quiere ese dolor. Y sólo de esa manera puede hablar de maldad pura. Cuando los animales o las hordas humanas primitivas se descuartizan mutuamente sin piedad, en realidad no puede considerarse que sean malvados o crueles. Pero, en cambio, el mago negro sí es malvado y cruel, pues a diferencia de los anteriores, el sí conoce el bien, la compasión y el amor, pero reniega de ellos.

En el "Parsifal" de Wagner, *Mingsor* es un mago negro. El egoísmo del mago negro es distinto del egoísmo inocente del mundo animal y de los humanos primitivos. Estos últimos actúan siguiendo sus propios impulsos, despreciando el daño que pueden producir en otros. Para el mago negro, en cambio, el dolor de los demás es precisamente su placer más alto. En los tiempos antiguos, el centro de la magia negra se encontraba en Méjico. En las grandes fiestas era costumbre preparar una piedra sacrificial en los templos-pirámide, donde miles de prisioneros eran asesinados extrayéndoles en vivo el estómago y el corazón. El mago más grande era aquel que conseguía a lo largo de su vida más asesinatos y el que, a través de los gritos de muerte de los torturados, conseguía absorber una mayor cantidad de placer sádico, que le servía para "cebarse" ocultamente.

En aquellas épocas, se había intentado fundar en Méjico un *anti- Gólgota* y un *antiGrial*, cuyo posterior enviado sería Klingsor. Klingsor (como sabemos por la historia sagrada) tenía su castillo en "Kalot-Bobot" (Castabebelotta), en la costa sur de Sicilia, en las montañas de Agrigentum (Girgenti), ricas en sulfuro y

cristales de yeso. El Castillo del Grial (tal como ha determinado correctamente Otto Rahn en su significativa obra "La Cruzada contra el Grial" (3) se hallaba en los Pirineos.

La corriente del contra-grial podríamos encontrarla también en Palestina, inmediatamente antes del misterio del Gólgota: en Herodes, el cual, si bien tenía su trono en Jerusalem, por otro lado tenía su centro de magia negra en el castillo del acantilado Machaeros, (4) sobre el Mar Muerto, en el Desierto de Judea. Es este Herodes el que fue visitado por los Reyes Magos: él ordenó el asesinato de los niños de Belén, para evitar el misterio del Gólgota; su sucesor, acuciado por Herodías, mandó decapitar a Juan el Bautista, el mensajero de la magia blanca y precursor de Jesucristo y de esa manera (tal como explicó Rudolf Steiner) creó el símbolo del contra-grial a partir de la cabeza cortada en la bandeja.

Del Grial nos hablan diversas fuentes. Según una de ellas, se trata de una copa fabricada con el rubí de la corona de Lucifer, copa que fue usada por Jesucristo en la Última Cena y en la cual se recogió la sangre derramada por él en la cruz. La copa fue transportada a Occidente por unos ángeles y entregada a Titurel, con el encargo de construir un castillo y crear una orden de caballería para salvaguardarla. Esta leyenda tiene su sentido: el "rubí" de la corona de Lucifer, símbolo del egocentrismo más elevado y orgulloso, se convierte en portador de la sangre de Jesucristo, símbolo de la entrega-sacrificio por amor, para salvación del ser humano, débil y enredado en el error y el mal. Si se piensa en ello, la bandeja con la cabeza cortada de Juan Bautista nos aparece con razón como el símbolo del contragrial, pues aquí reina el placer sádico de la destrucción de lo noble, puro y claro.

Resumiendo, un grado menor de maldad, podríamos decir "menos culpable", lo encontramos allí donde un ser vivo intenta, a costa de otras vidas, satisfacerse y enriquecerse a sí mismo en un egoísmo inocente. El mal más elevado, de rango de magia negra, no posee ese egoísmo inocente, no pretende directamente algo para sí mismo sino que, en desinterés diabólico, busca sólo el daño, el sufrimiento, la destrucción de la vida ajena, y con más intensidad cuanto más pura, clara y bella es la otra vida. Los impulsores de este mal son exclusivamente la envidia, el odio, el placer en el sufrimiento. Y Klingsor, en su

lucha contra los Caballeros del Grial, está saturado de todo ello. En el drama de Richard Wagner, habría intentado él mismo formar parte de los Caballeros del Grial, para posteriormente convertirse, a causa de una ambición desmedida y enfermiza, en su más cruento enemigo.

¿Pero por qué se sirve Klingsor, en su lucha contra los Caballeros del Grial, de hermosas mujeres? ¿Cómo puede ser que Richard Wagner, después de su canto al amor entre hombre y mujer en el Tristan, utilice ahora en el Parsifal ese eros como instrumento del mal? La respuesta es que el eros esconde en sí mismo la posibilidad de una desviación corrupta. El eros sexual es sólo puro y sin mancha cuando va acompañado por la desaparición del egoísmo (del "déspota de las tinieblas"), de la que habla el místico persa Dschel al Eddin Rumi. Sólo cuando el eros rebasa las puertas del egocentrismo y nos conduce más allá de nosotros mismos, hacia el "tu", hacia la vivencia de la belleza y veracidad del prójimo y del mundo, sólo entonces es el placer que lo acompaña puro. Pues aquí no se persigue el placer en si sino el "tu", el mundo y el placer es sólo un signo de su consecución. ¡Pero malo cuando se convierte en un fin en si mismo! Pues entonces, el encuentro con otras personas y el mundo se convierten en un medio para el aumento de nuestro egoísta amor propio. En este eros erróneo, el ego no se desborda y amplía sino que se encierra profunda y conscientemente en si mismo. Y eso es de hecho lo "diabólico".

El elevado grado de eficacia negra que finalmente le permitió combatir incluso al Grial, lo consiguió Klingsor a través de un sacrificio de magia negra de un carácter especial: la automutilación, la autocastración. Incapaz de sentir la pureza del eros natural en la relación hombre-mujer y todavía más incapaz de exaltar ese eros mediante la renuncia a un nivel superior para elevarse así a la compasión y el amor universal: "pone en marcha la mano sacrílega, ahora dirigida contra el Grial, en otro tiempo rechazada por su guardián. La ira producida por el rechazo le instruye ahora cómo su denigrante acción de sacrificio puede darle consejo en su magia malvada; convirtió el desierto en jardín de las delicias, donde crecen diabólicas hermosas mujeres; y allí espera a los Caballeros del Grial para conducirlos al placer malvado y el horror de las tinieblas".

La automutilación iracunda, el odio a si mismo y a otros, proporciona a Klingsor

el más puro estilo de la magia negra, fuerzas creativas. Los Caballeros del Grial no son tentados en el jardín de las delicias con la finalidad de un eros platónico o tristaniano de la entrega sino que son tentados a un placer elevado (¡al anti-eros!), para olvidar así su misión y su juramento de fidelidad. En qué medida le ayuda en ello la singular Kundry, ser dividido entre la luz y las tinieblas, acabamos de verlo. A los caballeros que han caído en las redes de las muchachas flor, Klingsor los denomina despectivamente "narcisos engañados". Pues la erótica de su jardín mágico no conduce a una auténtica entrega de un "yo" o un "tu" sino sólo a la elevada afirmación de si mismo, para lo cual, el compañero se rebaja a un mero instrumento que se desprecia y, tras la consecución del placer, se rechaza. Esta relación sexual, cercana a la prostitución, no se basa en el respeto, amor y vida sino en el desprecio, odio y asesinato. Esta tenebrosa forma de erotismo alcanza su grado más extremo en el asesinato por placer, donde el mayor placer consiste en humillar, torturar y matar lentamente al otro. Klingsor pretende infectar a los Caballeros del Grial con el veneno de un placer así propio de la magia negra. Aunque Richard Wagner no lo explica directamente, está claro que tal es el trasfondo del jardín de las delicias en Parsifal, pues sin ello, sería incomprensible la diferencia entre tal jardín y la noche de amor de Tristan. Sin embargo, el jardín de las delicias sí es comparable con el Venusberg del Tannhäuser, si bien en este último predomina el rojo propio de Lucifer, mientras que el primero se caracteriza más por el negro propio de la desviación ahrimana.

Los animales y los seres primitivos son indiferentes al sufrimiento de los otros seres porque (enredados en su egoísmo y ocupados sólo en sus propios asuntos) no son capaces de verlo. El *santo* marcha, viendo y conociendo la compasión y el amor, hacia el sacrificio salvador. El *satánico* se alegra de las fuentes de dolor del mundo e intenta, en la medida de lo posible, aumentarlas. Y así, trabaja bajo el signo del anti-eros, del antigrial, de la anti-misa. De hecho, en la historia de occidente nos enfrentamos repetidamente al fenómeno de la "misa negra", en la cual se disfrutaba con la sangre de niños o, cuanto menos, de animales, martirizados hasta la muerte.

La posibilidad de convertirse en santo o en satánico la tiene en principio cualquier persona. Qué camino se sigue depende de los pensamientos

voluntarios a los que uno se entrega. Se entretiene uno durante un tiempo, aunque sólo sea en pensamiento y en la imaginación, en el placer propio de la magia negra (envidia, malicia, venganza, crueldad), entonces esos pensamientos empiezan a ganar una vida propia, se convierten en fuerzas que le van llevando por el mal camino hasta finalmente conducirlo a acciones exteriores.

¡Pero eso no es todo! Quien alimenta en si mismo pensamientos oscuros crea de esa forma el caldo de cultivo en el que pueden crecer tenebrosos espíritus del cosmos y se abre a estos espíritus. Y así ya no son solamente los propios pensamientos oscuros los que lo empujan por el camino del mal y del crimen sino también los demonios cósmicos salidos de esos pensamientos, pues, a ellos mismos, el mal les produce un placer cruento. Así que los pensamientos y las acciones de magia negra son disfrutados tanto por la persona en cuestión como por dichos demonios. Las pinturas de este estilo de Pieter Brueghel y Hieronymus Bosch coinciden plenamente con realidades ocultas.

Aquel que, al igual que el Parsifal de Wagner, pretende penetrar y vencer en el imperio de Klingsor, requiere un alto grado de luminosidad y pureza. La "necedad" de Parsifal no es una idiotez intelectual (tal y como interpreta Gurnemanz en un principio cuando, irritado por el mutismo de Parsifal en su primera visita al Templo del Grial, lo expulsa, con las palabras: "Y, a partir de ahora, deja nuestros cisnes en paz y, ganso como eres, vete a buscar gansos") sino que se trata de una fuerza vital cerrada en si misma, impermeable a cualquier duda o tentación, si bien necesitada aún del despertar. Su símbolo es la *paloma blanca*, que es el símbolo del Espíritu Santo redentor.

Al igual que Siegfried y otros muchos héroes de los cuentos de Grimm, en un principio Parsifal tampoco sabe de dónde viene, ni a dónde va, ni quién es, pues se halla en un camino de iniciación, a lo largo del cual debe desprenderse de todo aquello que pertenece a su existencia terrenal. La "*cuádruple verdad sagrada del dolor*" ; anunciada ya por Buda (de su ser, de sus raíces, de su superación, del camino hacia su superación), no le vendrá a Parsifal a través del aprendizaje intelectual sino directamente a través de la experiencia propia. Naturalmente que tal experiencia no le conducirá al retiro del mundo budista-monacal con su negación de la vida sino hacia el estado caballeresco del Grial

y siguiendo el impulso de la antigüedad persa de Zaratustra, se convertirá en paladín de las fuerzas de la luz y combatirá con éxito a las fuerzas de las tinieblas el dominio sobre la humanidad y la tierra. Lohengrin continuará su trabajo y, al igual que Parsifal, será como guerrero armado y no como monje retirado que romperá con el poder de las tinieblas en Brabante.

Para Buda, el dolor de toda criatura terrestre constituía un argumento *contra* la existencia terrenal. La finalidad de sus gigantescos esfuerzos meditativos era deshacerse de esa existencia terrenal, desprenderse del cuerpo, para elevarse a una existencia espiritual prenatal, y, en todo caso, evitar el volver a nacer (la reencarnación). En la zona occidental griega, encontramos un pensamiento semejante en Platón. Al igual que Buda, también él era un espiritualista absoluto: sólo el espíritu puro, que vive en un mundo puramente espiritual y es capaz de elevarse por encima de la vejez, la enfermedad y la muerte, el error y la maldad, le parecía digno de ser humano. Lo terreno-material podía considerarlo como un triste rebajamiento y oscurecimiento del ser verdadero. La existencia terrenal, con su trabajo y esfuerzo, era considerada por el sabio como indigna. Sólo los necios podrían conformarse con ella. Y de ahí el desprecio del trabajo manual por parte de los griegos. Este era cosa de esclavos.

El *misterio del Gólgota* se basa en una valoración opuesta a la anterior: el ser divino se dirige aquí a la Tierra, toma para sí cuerpo terrenal y muerte terrenal. Ciertamente, lo hace por compasión hacia los seres humanos, pero no para liberarlos de la existencia terrenal sino para darles la fuerza con que conducir esa vida terrenal y poder sacar fruto espiritual del sufrimiento y la muerte terrenales. De esta forma, la cruz oscura, símbolo del dolor terrenal, pierde su carácter aterrador para ganar un carácter de consuelo: se convierte en rosacruz, símbolo de la nueva sabiduría y el nuevo amor ganados en la existencia terrenal.

El punto de intersección del madero negro del rosacruz aparece rodeado por siete relucientes rosas rojas. El rojo y el calor simbolizan la sangre. Pero hay dos tipos de sangre, del mismo modo que hay dos tipos de rojo y de calor. Uno de ellos es el salvaje fuego de la pasión carnal, febril y devoradora, de la que, bajo el influjo de Mefistófeles, se sentía invadido el Fausto de Goethe.

Partiendo de un egoísmo sin barreras, esta pasión desgarradora, como el fuego voraz, todo aquello que le produce placer, sin preocuparse del dolor que puede provocar en otros seres o, a menudo, incluso para producir ese dolor.

En el Gólgota, esa sangre fue totalmente vencida y convertida en *la otra sangre, la pura y sagrada*, cuyo suave y luminoso calor está lleno de compasión y ánimo de sanar. En el fuego del amor compasivo, incluso el salvaje fuego del deseo puede llegar a quemarse y convertirse en cenizas. Esto es lo que sucede a Kundry cuando es conducida, de la mano de Parsifal, del anti-grial al Grial.

El desarrollo y progreso del mundo se basan en el misterio del *sacrificio* y del *dolor*, cuanto menos si ese desarrollo es conducido por las corrientes espirituales luminosas y blancas. No sólo los seres humanos (como, por ejemplo, Tannhäuser, Tristan, Amfortas) sino también seres sobrehumanos (como, por ejemplo, Brunilda y Siegfried) e incluso divinidades (como Wotan) viven un proceso de sacrificio doloroso, aún cuando estos sacrificios sean en muchos casos consecuencia inevitable de errores y culpas propias. A través de sacrificios dolorosos, no sólo se expían tales errores y culpas sino que se gana además fuerza espiritual para las futuras acciones terrenas.

El lado tenebroso está lejos de tal disposición al sacrificio doloroso. Su egoísmo frío y cínico disfruta del dolor de los otros seres y busca aumentarlo a cualquier precio. Pero también Loge (*en el Oro del Rhin*), un típico representante del espíritu rojo de Lucifer, rechaza cualquier forma de sacrificio doloroso. Para ello se tiene por demasiado listo, considera que un sacrificio aceptado voluntariamente es necesidad e intenta protegerse de cualquier consecuencia trágica del destino. Sólo por razones de conveniencia se alía primero con los dioses claros, concretamente con Wotan. Pero posteriormente, cuando ve que la fortuna se les vuelve adversa, se separa de ellos: "Noto el atrayente placer de volver a mudarme en ondulante llama: devorar a los que en otro tiempo me domesticaron, en vez de perecer tontamente con los ciegos -sean éstos los dioses más divinos-. ¡No me parece esto necio! ¡Quiero pensármelo, ya veremos lo que hago! ("El Oro del Rhin", verso 1814).

Y así, en el *ideal* del lado claro, o sea, en el *misterio del Gólgota*, se separan hacia lados opuestos las corrientes espirituales roja y negra. Y, observando

este ideal, nos percatamos del sentido más profundo de la historia de la humanidad, tal como se nos revela a través de los dramas místicos de Richard Wagner.

() Otto Julius Hartmann nació en Graz (Austria) en 1895. Cursó estudios de filosofía, biología y medicina. Se doctoró en filosofía. Desde 1922 trabajó como docente y profesor en la Universidad de Biología general y Filosofía natural de Graz. Ejerció asimismo como docente en la Escuela Técnica Superior de Biología Aplicada de Graz. Realizó estancias de estudios en Berlín, Hamburgo, Frankfurt a.M., Marburgo y Friburgo. De 1954 a 1965 en Brasil.*

El punto central de su amplia actividad literaria lo constituye el "ser humano" como punto de encuentro entre las disciplinas científicas naturales y psicológicas, y siempre con la vista puesta en el sentido metafísico último.

(Artículo publicado en "Richard Wagner Nachrichten"; Graz. Año 17/2. Abril-Junio 2005. Traducción al castellano de Teresa Arranz).

(1) En original: "Offenes Schreiben an Herrn Ernst von Weber, Verfasser der Schrift: Die Folterkammern der Wissenschaft". N. del T

(2) En original: "Religion und Kunst", 1880. N. del T

(3) En original: "Der Kreuzung gegenden Graal ". N. del T

(4) Machaeros: ciudad de Palestina que corresponde a la actual Mukaur